

XXVII.

Las bellas artes en el sentido más lato de esta voz.—
Artes recreativas y de adorno.

157. «Recuerdo» dice Sulzer (1), «haber visto en alguna parte un cuadro que representaba simplemente el tronco desollado y hecho partes de un buey de excelente traza, pero con tan maravilloso artificio pintado, que no sin razones probables se le tenía por obra de Rubens. ¿Qué fundamento puede haber para rehusar á semejante cuadro el nombre de verdadera pintura? Al menos nadie se atrevería á negarle el ser obra de gusto.» Oigamos también el juicio de un crítico de mucho nombre. «Si la pintura en general se ejerce en toda su extensión como arte que imita los cuerpos según su parte exterior, no hay duda sino que el sabio griego le dió límites mucho más estrechos que estos..... El artista en quien él pensaba, no dibujaba sino cosas bellas; aun la misma belleza ordinaria, la belleza de especie inferior, era ocupación accidental, simple ejercicio ó diversión. La perfección del objeto mismo había de constituir el encanto de sus obras; y era tan alto el blanco de sus miras, que no se contentaba con que los que

(1) Teoría general de las bellas artes: «pintura.»

las viesen, gozaran el frío placer que nace de percibir la semejanza entre lo vivo y lo pintado, ó la habilidad del artista; sino todo lo que quería en lo tocante al arte, lo que únicamente reputaba en el arte por verdaderamente noble, era que cumplierse con lo que pide la dignidad de su oficio. Un autor epigramático dijo en cierta ocasión á uno que era de harta mala figura: «¿Quién puede haber que quiera retratarte, cuando no hay nadie que sufra verte?» Pero muchos artistas modernos diríanle por el contrario: «Eres feo, ¿no es verdad? Pues aunque todavía fueras más feo de lo que eres y aun de lo que se puede imaginar, quiero retratarte. Y no importa para esto que nadie quiera verte; que yo he de hacer que se vea con gusto mi pintura, no á la verdad porque te represente á tí, sino porque en ella se vea y admire un arte que ha de dar pruebas de poder imitar con particular semejanza la enorme deformidad de tu horrenda figura.»

«Y sin embargo, la propensión á este género de petulante jactancia, unida á un talento deplorabile por lo mezquino, talento no ennoblecido de otra parte por la dignidad del asunto, es harto natural para no haber tenido entre los griegos su fiel representación, sus Pausanias y Pireicos, á los cuales no dejaron por cierto de hacer justicia seca. Pausanias, cuyo gusto era tan bajo, que no parece sino que moraba en un mundo inferior á todo lo que hay de bello sobre

la tierra, se complacia especialmente en representar los defectos y deformidades de la figura humana, y vivía en andrajosa pobreza. Pireico pintaba barberías y oficinas inmundas con la diligencia de un artista de baja estofa, como si tales objetos fuesen naturalmente muy seductores y raros; por cuya razón fué llamado Rhiparógrafo ó pintor de inmundicias, aunque el rico voluptuoso comprase sus obras á peso de oro como para fomentar su vana ilusión con este fingido mérito» (1).

Lessing no había puesto en olvido al escribir estas líneas aquel principio suyo de que la belleza *corpórea* sea la suprema ley de la pintura (135). Pero dejado esto aparte y sentado que «la belleza» es el objeto del arte en toda la extensión de esta palabra, como antes lo probamos contra el mismo Lessing, no tenemos reparo en admitir este otro principio que en la presente ocasión enuncia, y en admitirlo con tantas veras como manifestamos al impugnar antes aquella falsa doctrina. La fidelidad y exactitud con que el pintor ó el artista en general imite algún objeto, y en términos todavía más generales, la habilidad técnica que se eche de ver en cualquier obra de mano de hombre, nos hace placer: este es un sentimiento natural en-

(1) Laokoon II.

gandrado por la belleza (31, 2, 37); pero semejante placer solo es una débil sombra de aquel profundo deleite que debe causarnos el arte al ofrecer á nuestra vista algún objeto bello suprasensible. Toda cosa es lo que es por su forma (*causa formalis*): el hombre es hombre por el alma racional. La forma de las producciones caletécnicas, como tales, es (102) un objeto suprasensible de relevante hermosura, que dichas artes nos hacen contemplar con deleite. Solo por virtud de esta forma se constituye propiamente la esencia de las obras de las bellas artes. Cierta la perfección técnica es un elemento importante de ellas; mas por sí sola esta perfección aunque es un título que puede alegar la obra artística que la posea, para ser reputada por tal, pero ese título no le dará el más mínimo derecho para que se la tenga por obra de las *bellas artes*.

Y cuenta que esta observación no se contrae solamente á la perfección técnica de las obras artísticas. Al final de la parte primera (§. 14) nos fué dado el poder conocer varias excelencias que por hacernos grata la percepción de las cosas que las poseen, se confunden fácilmente con la belleza. Sin duda alguna esas excelencias son muy buenas para acrecentar el deleite que deben de causarnos las obras de las bellas artes (104); pero diferentes por esencia de la belleza, no pueden de modo alguno reemplazar-

la en las producciones del arte. Cuando las representaciones que el arte nos pone delante de los ojos valiéndose de bellas imágenes ó signos, no nos dan la vista y contemplacion de alguna cosa bella suprasensible, sino meramente nos cautivan con el atractivo de la novedad y de la expansion, ó con el interés de lo maravilloso, de lo extraordinario y de lo vario, ó con la burlona sonrisa de la comedia, ó con otros cualesquiera atractivos, en todos esos casos no es ninguna de las bellas artes quien nos atrae y contenta, sino una hermana política de ellas, de igual alcurnia y condicion. Esta última suele decorarse á sí misma con el nombre de bella; pero tal nombre es «usurpado»; á lo más puede llamarse arte de adorno ó *recreativa*, tomada esta palabra en sentido lato.

Podemos pues definirlo por un modo que haga la posible consonancia con la definicion que dimos de las bellas artes (115) diciendo ser: «El arte de ofrecer á nuestros ojos por medio de bellas imágenes ó signos cosas reales ó fingidas conforme á las leyes del ser contingente, que con el atractivo de la verdad, de la novedad, de la variedad, de lo maravilloso, de lo festivo y de otras escelencias análogas, tienen virtud para recrear nuestro ánimo, ora pertenezcan dichas cosas al mundo exterior, ora á la vida interior del artista, proporcionándonos la vista de ellas y el deleite que de aquí se deriva.» Falta

pues en las obras de este arte, segun esa definicion, la forma de las producciones caleotécnicas, ó sea la belleza suprasensible; por cuya razon, y hablando con propiedad, no pertenecen á ninguna de las bellas artes. Dos propiedades tienen de comun, sin embargo, con ellas, á saber: el causarnos placer, aunque ménos noble y elevado; y sobre todo la necesidad de que el medio externo representativo tenga su belleza correspondiente (114), necesidad nacida en las artes recreativas de su propio fin inmediato, que es causarnos placer.

Las artes puramente recreativas penetran en todas y cada una de las seis formas en que pueden parecer las bellas artes. No es, por tanto, maravilla que el parelio se confunda con el sol, y la comedia y el sainete con la tragedia, ni que la sátira y la oda y la elegia, la epopeya cómica y la heróica lleven muchas veces la firma del mismo autor; ni es tampoco maravilla que las marchas, variaciones y walses, y los trozos de canto sentimental, piezas todas sin sustancia como las obras del pincel mencionadas arriba (123), vayan al mercado con el nombre de bellas artes, aunque solo tengan de comun con estas las dotes de segundo orden (1).

(1) Entre las producciones de la pintura de que hablamos en dicho lugar (123) negándoles en justicia el valor de obras de las bellas artes, contaremos aquí las piezas conocidas bajo el nombre de «vida serena.» Sabemos que Lemke opina que en este género «se manifies-

Dirase acaso que con esa diferencia entre las artes recreativas y las bellas artes quedan las últimas reducidas á muy corto número. Estamos enteramente conformes. Pero esto no quita que, bien mirada, nuestra distincion redunde en honor de las bellas artes, resultando por conclusion que la misma dificultad que se nos opone, confirme directamente la verdad de esa doctrina. No andaban por cierto los griegos desprovistos de razon cuando decian que todo lo bello es difícil. Ni es don concedido á muchos resolver intrincados problemas, ni es de la multitud pretender cosas grandes; y no somos nosotros los

ta cierta poesía particular»; y que luego, definiendo qué especie de poesía sea ésta, añade: «Qué perspectiva, qué punto de vista no puede ofrecer v. gr. en medio de la abundancia y de la fria espléndida riqueza una mesa cubierta, un vaso de cerveza de ocre con un rábano, excelente recuerdo de las costumbres de Munich! Una fuente con ostras, cargrejos, vinos del Rhin y limon, ¿á quién que vea estas cosas, no le ofrecerán la imágen de alguna fresca bodega en un puerto marítimo acordándole los placeres de su existencia corpórea?» (En efecto no puede dudarse que en todo esto hay una poesía particular). «Una cántara rota ó una muñeca pueden decir hartó con mucha elocuencia. Unas medias comenzadas, unos anteojos encima de una mesa ó cornisa, y una silla de brazos nos dirán á su vez que la abuelita acaba de salir de la habitacion. Una liebre colgada, una escopeta y un par de botas empolvadas dan á entender cuanto pudiera decirse de palabra; pues ¿qué diremos de una cocina con todos los utensilios del menaje de tan importante departamento de la vida interior?» (Estética popular, pág. 449). Aquí no faltan ya más que las barberías y oficinas de Pireico, ante las cuales Lessing no pudo reprimir su indignacion. Por lo visto Lemke se quedó en este punto á gran distancia de las «huellas» trazadas por su guia (v. pág. 385), y eso que antes nos dijo que quien se aparta de Lessing para seguir su propio dictámen «dificilmente podrá ir por el camino derecho.»

primeros que han dicho que precisamente por esta razon las cosas verdaderamente grandes, perfectas, y las buenas y hermosas son raras, sobremanera raras, en este mundo sublunar.

158. Como al órden primero de las formas representativas en las bellas artes, así tambien corresponde su respectivo parelio al órden segundo formado por las que son bellas virtualmente. La elocuencia ordinaria y la arquitectura civil, pública ó privada, no se ordenan á deleitar como las artes formalmente bellas y las de mera recreacion. Ni pretenden como las artes virtualmente bellas, para alcanzar su fin esencial, que tengan sus obras las escelencias que constituyen la naturaleza de las producciones verdaderamente caleotécnicas; por el contrario, el mismo fin de las artes á que ahora nos referimos, cierra la puerta por lo general á tales escelencias. Y con todo esto las dos artes mencionadas bien pueden dar á sus obras cierta medida de belleza; por cuya razon diremos de ellas que tienen virtud para embellecer sus respectivas producciones.

Por lo que toca á la primera, ó sea la prosa didáctica, el fin que pretende, no es otro sino la trasmision de la verdad, bien del entendimiento, y luz y guia de la voluntad del hombre. El objeto pues de este arte no es propiamente caleotécnico. Ciertó entre las cosas que nos causan deleite, pusimos la verdad (84); más para gus-

tar el deleite engendrado de la verdad, hay necesidad de aprehenderla clara y facilmente (1), y solo aquellas verdades lo producen, que son de gran momento. Ahora bien, precisamente á causa de su mismo fin la elocuencia ordinaria versa las más veces sobre asuntos en que no se verifican estas condiciones. Obligado está sin embargo ese arte á procurar á sus obras cierto grado de belleza, á saber, la de la recta disposicion de la materia y la belleza del estilo. Orden y conveniencia, observancia de la lógica en el desenvolvimiento del asunto y en la série de los pensamientos, un lenguaje claro, expresivo, exacto, unidad, variedad, facilidad, melodía y armonia de estilo, son dotes esenciales de que no puede carecer la prosa didáctica, si ha de conducir á su fin, ó si no ha de ser mala prosa, dotes por otra parte cuya excelente virtud es indisputable. Porque es sabido que el deleite que se liga con ellas, excita vivamente el ánimo del que estudia, cautiva la atencion y previene el cansancio (143). Y pues estas dotes son verdaderos elementos de belleza (58), razon es concluir que la elocuencia comun es una de las artes que saben embellecer sus obras.

Otro tanto puede decirse de la Arquitectura.

(1) «Muy agradable cosa es aprender, y no solo al filósofo le agrada sino tambien á los que no lo son, toda vez que sea con facilidad y prontitud.» Arist. Poet. c. 5. vulg. 4. n. 4.

Permitásenos sin embargo una observacion acerca del concepto que con ese nombre se debe dar á entender. Por obras del arte de arquitectura no han de ser reputadas solo aquellas á que da el uso el nombre de *edificios*, tomada esta palabra en su acepcion más rigurosa; porque la Arquitectura no se limita á levantar casas y cuarteles, teatros y palacios, sino además construye arcos de triunfo, monumentos, puentes, calles, acueductos, muebles (al menos los de gran tamaño), embarcaciones, carruajes, instrumentos, v. gr., órganos y pianos. Todas estas obras tienen su respectivo destino; algun fin, alguna necesidad de la vida las toma á su servicio: y cuando no fuera más que esto, es cierto que el solo hecho de encaminarse á su fin con toda la perfeccion posible daria á sus obras un excelente elemento de belleza, es á saber, la conveniencia. Más bien porque en parte están contenidas en esta dote otras muy excelentes, ó bien porque es una relevante cualidad del instinto de la naturaleza satisfacer juntamente con las necesidades inferiores las del alma racional, es lo cierto que en dichas obras se juntan los otros elementos de belleza que en otro lugar dijimos (58) pertenecer á las cosas impersonales: regularidad, orden, eurythmia, simetría, unidad en la pluralidad y en la variedad.

Por lo demas esta misma propension á embellecer las cosas necesarias y útiles á la vida,

es comun por regla general á todos los que trabajan disponiendo la materia inorgánica para los usos de la vida humana. No puede ménos de suceder así. Hasta cuando el hombre remedia aquellas necesidades que tocan á la parte animal de su naturaleza, se há como criatura *racional*. La propia conciencia de su dignidad como inteligencia criada, y el amor á la mejor parte de sí mismo le mueven justamente á imprimir el sello de su espíritu, las huellas de su razon en todas las cosas materiales de que se sirve para sus fines. De esta suerte la arquitectura, como la más excelente entre ellas, comprende una série innumerable de artes que dan á sus obras el atractivo de la belleza. No tomaremos sobre nosotros el trabajo, innecesario aquí, de enumerarlas: generalmente son bien designadas bajo el nombre de artes técnicas ó inferiores. Sus obras consisten de ordinario en partes ó fragmentos especiales de que há menester la arquitectura para completar las suyas como rejas, barandillas, estribos, etc., y tambien muebles, vasos y otros objetos de uso diario que es punto ménos que imposible clasificar. Los elementos de belleza que campean en estos trabajos, son, sobre poco más ó ménos, los mismos que quedan referidos. Las artes que se emplean en ejecutarlos no tienen ya aspecto de artes liberales, sino antes parecen mecánicas; bien que, como ya notamos (90), puede el ingénio infor-

mar las artes mecánicas y elevarlas á la dignidad de liberales embelleciendo en alto grado sus obras.

XXVIII.

Artes pseudo-bellas.

He aquí que con la llana de su fantasía estos obreros, aturdidos por el orgullo, construyen cada cual su parte en la torre de Babel, teatro de su propia ignominia

RETVITZ.

159. Al echar una mirada á las *soi-disantes* bellas artes en nuestros dias, y al examinar, aunque no sea sino someramente, los manuales de Estética, eruditos ó no, en que nuestra literatura no escasea, podria alguno sentirse tentado á mirar como mal augurio la circunstancia de haberse mostrado entre los «hijos de los hombres», en la raza de Cain, los vestigios primitivos de la vida caleotécnica (1). Pero si bien se mira, de todos los bienes, disposiciones y facultades con que ha provisto tan liberalmente al hombre la bondad de Dios, no hay ni siquiera uno, de que el hombre no haya abusado; siendo de notar que en la presente materia los abusos confirman aquella antigua ley: *corruptio optimi*

(1) Jubal, descendiente en quinto grado de Cain, «fué padre ó maestro de los que tocan la cítara y órgano ó flauta.» Gen. V. 21.